

Año VII

CÁDIZ, 30 de Septiembre de 1898.

REVISTA

Teatral, Literaria, Científica,

Núm. 247

DE BELLAS ARTES Y ESPECTÁCULOS.

Propietario: D. MIGUEL GUILLOTO DEMOUCHE.

Director: José Juan Rodríguez Fernández.

Administración: Sagasta, 31, pral.

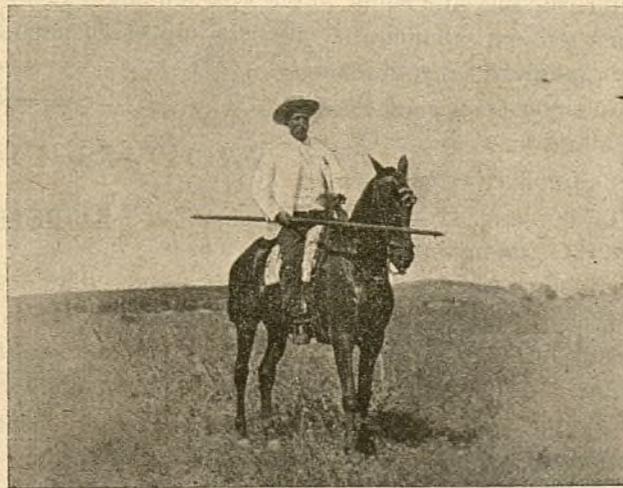
Toda la correspondencia literaria al Director, Sagasta, 31, principal.
No se devuelven los originales que se nos remitan.

Suscripción . . . En Cádiz, un mes. Ptas. 1
Fuera de Cádiz, trimestre. 3
Número suelto, 30 céntos.—Atrasado, 40 céntos.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes.



GANADEROS ANDALUCES



D. RAFAEL SURGA.

VELADAS TEATRALES

EN EL PRINCIPAL

Con el refuerzo de la simpática tiple Esperanza Pastor, consiguió la empresa de este coliseo turnar los dos géneros de zarzuela que cultiva, el grande y el chico, y de ese modo, habiendo habido espectáculo para todos los gustos, la sala háse visto llena casi diariamente.

Pero cuestiones intestinas de telón adentro han determinado la súbita marcha de la aludida tiple, y tenemos que esperar á que se contrate una nueva para volver á la brillante decena pasada.

Esperanza Pastor debutó con gran éxito cantando como solo ella sabe hacerlo, la lindísima zarzuela *La Viejecita*. El público ocupó todas las localidades del teatro y á la aparición en escena de la artista, y despues de todos los números que cantó, fué premiada tal labor con aplausos, tan insistentes al terminar la canción del segundo cuadro, que se vió obligada á repetirla.

Tomó parte en la representación de *La Bruja* y cantó las cuatro veces que se ha puesto en escena el sainete lírico de D. Serafin Alvarez Quintero con música del maestro Brull, *La Buena Sombra*, estrenado por esta compañía.

De cómo ejecutó esta obra, nos ocuparemos en seguida.

La Buena Sombra, como su mismo título indica, es una producción literaria ingeniosísima, humorística, de muchísima gracia, abundante en dichos de mucha *miga* andaluza, recogidos en el arroyo á personajes ó tipos tales cual los presentados en escena por el autor.

Pero, si hace reir á más no poder, como obra teatral y lírica está falta de las principales condiciones que requieren las mismas. Pruébese lo dicho en lo poco lucido que ha resultado para el músico su trabajo, no obstante ser tan bueno como el empleado por el maestro Brull. Carece en absoluto de situaciones musicales, si así puede decirse. De ahí que el maestro, á la vista del libro, se limitara á *hacer y hacer* música tan cansada como tiene que ser la que imite ó trate de imitar ese *tan-tan* que se llama rasgueado y punteado de la guitarra, compañera inseparable de los juerguistas nocheros; música tan soñolienta como la que acompaña al dúo de los novios disgustados por cosa tan baladí, ni cómica ni dramática, como la que informa *los monos* que padecen, y música tan igual en los demás números. El último, no puede ser otro, dada la índole de la trama, que unas *sevillanas*

para acompañar al baile y regocijo de las vecinas de la casa de *Valle* para celebrar acontecimiento de *tanta monta* como la reanudación de sus relaciones con el protagonista *Pepe Luis*, chico de muy *buena sombra*.

El autor de la letra que ha sabido justificar y salvar con valentía el pretencioso título de la obra en cuestión, siquiera para que su *buena sombra* se convierta en buenos trimestres, debe, ya que tanto ingenio demuestra, dar más movimiento á las escenas y más interés á los conjuntos, provocando con la presentación de los coros antes del toque preventivo de la campanilla que maneja el consueta, y con mejores situaciones teatrales, que el maestro tenga asunto para inspirarse.

La ejecución ha sido buena, distinguiéndose la Srta. Pastor, más para los concurrentes á las cajas de bastidores á quien estaba obligada á cantar, que para el público; el Sr. Escribano en el papel de *Triquitraque*, y la Sra. Pastor en el papel de *Una gitana*.

Del estreno de *La Guardia amarilla*, se ocupa á continuación *Otulo Gil*

JOFRE.

*
*
*

La Guardia amarilla, estrenada la noche del miércoles despues de tantos dias de espectación, impresionó desagradablemente al público y á nosotros mismos; pero como se trata de autores de reputación probada, nos reservamos para despues de una segunda audición estudiar el por qué de esta impresión poco favorable.

O. GIL.

MODAS TEATRALES.

EL RETRUÉCANO.

Impera como dueño y señor absoluto en el género chico, y con esto queda dicho que en casi todo nuestro teatro contemporáneo.

Los Lucio, Arniches, Paso, Alvarez y demás autores que monopolizan el espectáculo por horas, se han encargado de idealizar esta figura retórica, que hoy idolatran los públicos y... las empresas.

No importa torcer la frase ridículamente, ni hay que fijarse en los giros violentos y situaciones inverosímiles. Con tal de hacer reir, tienen permiso los libretistas para usar y abusar del *calembourg*.

Anteanoche se representó en el Principal, por vez primera en Cádiz, *La Guardia Amarilla*, modelo en el género de que tratamos.

En esta obra, hay una escena entera, de diez ó doce minutos de duración, preparada con el único objeto de que *resulte* un chiste, fundado principalmente en la doble acepción que darse puede, al dicho vulgar de «no llegará la sangre al río» y... casi no *resulta*.

¿Es esto modernismo, decadentismo, perversión de gusto, ó agotamiento de ingenio?

Cualquiera lo sabe; pero es bueno advertir, que la masa de buena fé, que el público sano, y no muy docto, que siempre ha llevado el cetro en el arte escénico, se vá cansando ya del recurso, empalagoso y de mal gusto, que hoy domina.

En las dos obras chicas que últimamente hemos visto estrenar por la compañía López-Lacarra-Beltrami, se vé la confirmación de lo expuesto.

La Buena Sombra, repleta de chistes, naturales como sacados del arroyo, de buena ley, como que son copia de las charlas andaluzas, y sanos, sanísimos, pues son reflejo de la vida social, ha hecho reír extraordinariamente, cada noche más; y los dichos de la obrita, se repiten por todos, se comentan y quedan de repertorio.

La Guardia Amarilla, también abundante en *cositas de gracia*; pero violentas, como las situaciones escénicas, torcidas como la interpretación teatral y falsas como los caracteres que se desean presentar al público, ha hecho asomar la sonrisa á los lábios, no hay duda, mas entre bostezo y bostezo, repitiendo todos: ¡qué tontería! y por supuesto, sin que nadie se acuerde, una vez terminada la representación, de lo que ha visto.

El buen sentido natural del público, opina en esto mejor que los críticos de la prensa (por rotativa que sea), y que agotan su repertorio de *bombos*, cuando se trata de una obra de Celso ó Manolito (Paso).

A pesar de esta reacción favorable al buen gusto, no cabe duda de que mucha parte del público, la que encuentra sosos é inocentes los chistes de las obras de Camprodón y Olona y aún las de los libretistas de Offembach, Suppé, Lecoq y Zeibulka, necesita salsas fuertes, incidentes cómicos inesperados y recursos escénicos novísimos; á todo ello creo que se encontraría ó podrá encontrarse remedio, sin apelar á estas contorsiones histriónicas del lenguaje, tan de moda en las obras chicas que *se traen tronío* y llegan á la 200 representación.

¿Cuál será este remedio?

Consulto al gran patriarca del modernismo español, al admirador de *Cyrano*, á Jacinto Benavente y habla poco del asunto.

Clarín, rehuye tratar de este gongorismo fin

de siglo. *Zeda*, se ocupa más de la cosa, aunque sin profundizar mucho; á los demás *maestros* les sucede, poco más ó menos lo mismo.

Afortunadamente, en Cádiz, podrán ilustrarme suficientemente; por eso me dirijo en súplica á mis amigos y maestros *Moreto*, *Philos* José Mariano Milego y *A. D. Libitum*, que no hay duda satisfarán mi curiosidad y me contestarán á la pregunta: ¿cuál será este remedio?

FRANKLIN JUNIOR.

EL PÚBLICO DE LOS ESTRENOS.

Los periódicos han dado en llamar así á una colección de sujetos que van al teatro con el decidido propósito de poner defectos á las obras y exhibir de paso sus felices disposiciones para la crítica.

Yo conozco á todos los que brillan en las noches de estreno. Unos son periodistas de la clase de salmonetes; otros figuran en la clase de los autores desollados, y no pocos pertenecen á la familia de los seres inéditos, que nos obligan á preguntar frecuentemente:

—¿Conoce usted á ese joven rubio, picado de viruelas? Le veo en casi todos los teatros metiendo ruido y pisando á los transeuntes, á trueque de introducirse en los corros y emitir sus opiniones.

—Ese es uno que tiene lampistería en la calle del Sordo, suelen contestarnos.

—Pero... ¿escribe también?

—No señor; toca la guitarra por cifra.

Casi siempre sucede lo mismo; los que más se agitan en contra del poeta, echándole en cara defectos literarios y hasta vicios de conformación, pertenecen al comercio de paraguas, ó al ramo de sanguijuelas públicas ó á la corporación de peluqueros del reino.

Las personas inteligentes tienen el buen acierto de reservarse su opinión, ó de expresarla al oído de algún sujeto de confianza, mientras que los otros, los inútiles, los improductivos, los poetas de secano, andan por los pasillos deteniendo á la gente para decirle:

—¡Qué barbaridad! ¿Verdad, usted? ¿Ha visto usted qué madre nos presenta el autor? ¡Una madre que no tiene inconveniente en dejarse extirpar un lobanillo el mismo día en que su hijo se enamora de la dama joven!

—Esto no es original—dice uno.

—¡Claro que no lo será!—Añade un tercero.

—Eso está tomado de una novela cochinchina que tengo en mi casa.

Con estos detractores de profesión contrastan los amigos del autor de la obra, que se paran á oír las conversaciones de los corrillos, y á lo mejor meten la cabeza en los círculos viciosos para poner los puntos sobre las *ies* y desenmascarar á algún traidor.

—¡Eso que está usted diciendo es falso de toda falsedad!—Exclaman indignados.—Harto saben ustedes que Manolo ha escrito su obra citándose á lo que le contó una tía suya muy desgraciada. Porque todo lo que pasa en la comedia es histórico. Bueno es que conste.

El detractor pierde la serenidad, porque ha sido sorprendido en el momento de despellejar al poeta, amigo suyo de la infancia, y dice:

—No; si yo no creo que la comedia sea mala. Lo que digo es que me parece falso el carácter de teniente, porque no puede existir un hombre que, estando en relaciones con una modista, vaya á pegar al asistente todas las noches porque se ponen duros los garbanzos.

Hay algún amigo del autor que ya no se atreve á discutir con los detractores. Lo que hace es mirarlos con odio reconcentrado, y decir para sí:

—¡Brutos! ¡Más que brutos! ¡Criticar una obra tan bonita!... No pienso decir nada á Aquilino, para que no se disguste; pero merecían que les hubiese contestado con un bofetón. ¿Cuándo serán ellos capaces de concebir un argumento tan verosímil?

—¡Hola, García! ¿Está usted hablando solo?—se le pregunta.

—¡Hombre—contesta.—Estaba aquí pensando en lo envidiosos que son algunos. Acabo de oír á Bandolina, que dice pestes de la obra, y aun ayer mismo le pidió prestado un pantalón á Aquilino, porque tenía que ir á ver á Castelar.... ¡Qué gente!

Después se vá al saloncillo para abrazar al autor y compartir con él la alegría del triunfo.

—¡Aprieta, tunante!—le dice conmovido.

—Gracias, gracias. ¿Va bien la cosa, eh?

—Divinamente, y eso que tienes una porción de enemigos en el teatro. ¡Oye uno cosas que le dan ganas de hacer una barbaridad!...

—¿A quién te refieres?

—A Bandolina. ¿Te ha devuelto el pantalón?

—Todavía no, porque ahora lo necesita para un entierro.

—Pues se ha atrevido á decir que es falso el carácter del teniente.

El autor experimenta un desengaño terrible, porque creía que lo del pantalón era motivo bastante para ser tratado con benevolencia.

—¡Qué amigos!—exclama.

—Yo en tu lugar le pedía el pantalón esta noche misma.

Al terminar la representación penetran tumultuosamente en el escenario casi todos los que estuvieron destrozando la obra en los pasillos, y el autor recibe las felicitaciones con sonrisa de júbilo, echando en olvido las censuras de Bandolina y todos los desengaños del mundo.

—¡Bien!—dice uno.—La cosa es muy bonita.

—¡Bravo!—añade otro.

—¡Morrocotudamente!—agrega un tercero.

Y á este tenor van desfilando por delante del poeta una colección de caballeros con cara de Pascua, que á él le parecen ángeles, y á quienes convidaría á cenar con mucho gusto, sólo para que le estuvieran diciendo toda la noche:

«—¡Bravo, bien, morrocotudamente!— Sin comprender que no hay enemigo más temible que el que nos estrecha contra su corazón.

Porque, para bien ser, las representaciones de las obras nuevas deberían comenzar por la segunda, y de este modo se verían libres de todo peligro los autores noveles que confían en el buen corazón de sus semejantes en el ramo, y en la imparcialidad del «público de los estrenos».

LUIS TABOADA.

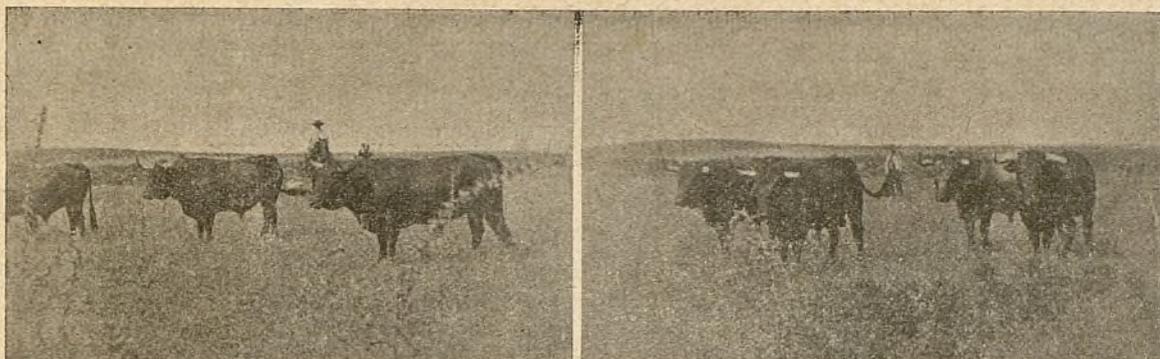


¡MÁS ECONOMÍA!

Yo te adoro con locura;
tú eres mi amor, mi ventura,
y mi delicia y mi encanto,
mi ilusión y mi capricho;
mas ¡ay Lola!... ¡te lo he dicho
quererte... ¡me cuesta tanto!

Por brillar entre coquetas
te gastas dos mil pesetas
al mes, en trajes y flores.
¡Mira, si tendré yo apuros
costándome seis mil duros
al año, nuestros amores!

¿Que eres linda? No lo niego.
¿Que encender sabes el fuego
de una pasión duradera
con tus gracias naturales?
¡Es que por cien mil reales
lo mismo haría cualquiera!



Toros de D. Rafael de Surga, corridos en esta Plaza en la Corrida de Beneficencia.

Basta pues!... ¡Cese el encanto!

Chica, no me adores tanto,
que ya me tachan de necio
y hasta se burlan de mí...

Ámame menos, que así
bajarás un poco el precio.

¿Que es grande mi grosería?

¡No te enojés, alma mía,
pues me asiste la razón!

¿Que hablo con suma aspereza?

¿Que es horrible mi franqueza?...

¡Más horrible es tu ambición!

Cede, pues, sin que el despecho
te arrebaté, y... ¡trato hecho!

Tres mil duros solamente
por la mitad de tu amor...

Eso resulta mejor
y mucho más conveniente.

¿Te agrada el plan, gloria mía?...

¿Sí, Lola?... ¡Lo suponía!

¡¡Tengo muchísimo *olfato!*!...

Pues te conformas con eso,
anda, rica, dame un beso
para afirmar el contrato!...

M. FERNÁNDEZ MAYO.

ROMANA

La noche era hermosa. El cielo extendía su manto de estrellas hasta tocar los elevados picos de las montañas. Las brisas transportaban en sus invisibles alas el delicado perfume de las flores y de los sazonados frutos de Septiembre. Cantaban las ranas en las charcas, las cigarras en los olivos, el grillo en los rastros. Y en las eras, en las altas eras cercanas al pueblo, llenas de inmensas *garberas* de arroz; en un extremo la barraca, de forma angular, construida de irregulares troncos y cubierta de larga paja, para refugio del que había de guardar el grano; en medio, la ancha y redonda parva, sobre la que volteaban incesantemente y al trote, fatigosos caballos, cu-

biertos los ojos con capacetes de palma, oíase el canto, el monótono canto del que guiaba á las bestias, cercano ahora, lejano después y siempre melancólico, melancólico como un quejido apagado, como una nota lastimera, como una vibración pulsada en el harpa de los sentimientos.

La noche era hermosa, pero á Romana le parecía triste; á Romana, la muchacha más garrida de todas, que había bajado con su padre á la Ribera para ayudarle en las tareas de la siega y aumentar con su trabajo el mezquino jornal del pobre viejo; á Romana, que de pié y recostada en un montón de paja allá en un extremo de la era, con su rameado pañuelo de la cabeza atado atrás, las verdes y gruesas sayas cortas hasta el tobillo, la blanca alpargatita de cáñamo calzando su ligero pié; su fresca y ovalada cara, teñida en las mejillas del hermoso color de la bresquilla, y sus ojos, grandes como las almendras dulces, como los de la mujer casta, y mirando al cielo, parecía la cándida flor que abre sus hojas por la noche para recibir el beso de las estrellas.

Un mes hacía que había venido de su pueblo, en donde se ocupaba en recoger haces de leña para que su padre los transformara en carbón; y apesar de tan corto tiempo, parecía por lo abstraída que sentía la nostalgia de su tierra natal, la choza de la montaña, la humeante carbonera, la piel donde amasaba la torta, el perro que la seguía á todas partes, el bosque y las peñas.

Durante el día, aquella vírgen salvaje era el encanto y la alegría de los que trabajaban en la era.

Los mozos, unas veces la requebraban de amor, otras le dirigían canciones tiernas y siempre la atisbaban con gusto.

Ella, sonriente, viva, encendida como la amapola, ligera como la cabra montaráz, á todos agradecía sus galanterías con palabras cariñosas y sin abandonar sus faenas.

Pero en esta noche la muchacha estaba triste: no gozaba de las bellezas de la Naturaleza; su

mente estaba fija en una idea, como sus ojos fijos en el cielo.

¿La mortificaría el rumor que corría por el pueblo? No había llegado á sus oídos.

¡Y dicen tantas cosas las gentes!...

Mas ¡ay!, su padre había oído aquel rumor que le estremecía todo el cuerpo.

Y el que, aunque viejo, era forzado y sentía en su pecho tostado por el sol todas las energías de un joven, no permitiría...

Pero el viejo no manifestaba saber nada; y así, la niña, lo mismo hacía este año que el anterior.

Si hoy la joven estaba triste ¿quién sabe por qué lo estaba? Soñaba sin duda, y en su ensueño, ni siquiera se acordaba de su anciano padre que fumaba sentado á la puerta de la barraca.

Mas aunque parecía encontrarse en un estado estóico, su corazón latía con violencia; la sangre corría por sus venas con rapidez; su seno, apenas ondulado como el suave rizo del mar, se elevaba y deprimía con frecuencia y su respiración era apresurada y resollante.

Así permaneció mucho tiempo, hasta que observó marcharse los jornaleros con los caballos de vuelta al pueblo.

Entonces abandonó su puesto y dirigióse á su barraca.

—Padre, dijo al anciano así que llegó, la parva de esta noche dará más grano que la anterior.

—¿En qué te fundas!

—En que apenas podía transportar las *garbas* según eran de gruesas y tenían las espigas de grandes.

—Lo mismo pensé yo cuando las apilaba.

—¿Cuántas talegas cree usted que se sacarán?

—Mañana despues de aventado el grano te lo diré.

—Buen año para el amo.

—¡Quién sabe! Una tronada sería bastante para dejarle en la calle.

—Parece que el tiempo está seguro.

—Eso parece; pero... Mira, recoge el botijo que está colgado en la rama de aquel olivo y cuantos trastos veas por ahí, y éntalos en la barraca, que vamos á dormir.

Mientras Romana recogía cuanto había indicado su padre, éste extendía en el interior de la barraca la larga y hueca paja que había de servirle de cama.

Cuando todo estuvo arreglado, padre é hija se echaron en el improvisado jergón, tapándose con una misma manta. A poco el anciano roncaba.

Romana sólo tenía los ojos cerrados; pero se mantenía quieta y fingiendo dormir.

Había transcurrido una hora desde que se ha-

bían acostado, cuando se oyó un pequeño silbido penetrante y fino. Romana levantó un poco la cabeza, miró á su padre que seguía roncando, y deslizándose con mucha cautela pudo salir de la barraca sin meterruido.

Fuera ya de ella, encaminóse, ligera como una perdiz á través del olivar, saltó el elevado ribazo que lo limitaba, bajó á otro campo y dirigióse hácia un ángulo de él más oscuro por las sombras que proyectaba el espeso ramaje de una zarzamora. Apenas llegó, una mano cogió otra de la muchacha, y un brazo rodeó su esbelto talle.

Suaves rumores que se pierden en los aires, siseos apagados como el del cohete en las alturas, pequeños chasquidos como aleteos de lejanas tórtolas que emprenden el vuelo, suspiros como el del cefirillo al jugar en la arboleda... Susurros, sólo susurros de amor se oyen salir de la oscura sombra.

Mas de pronto llena el aire espantoso grito, un grito arrancado del alma, un grito de agonía y el golpe sordo de un cuerpo que cae al suelo.

A lo lejos se ven correr dos seres; parecen fantasmas salidos de un aquelarre.

Al ruido que mueven, los pájaros se espantan y revolotean piando asustados; las ramas enmudecen en las vecinas charcas, y los grillos, temerosos, callan y corren á refugiarse bajo informe y abultado terrón. Momentos después aquellos dossiereres se precipitan en el fondo de la barraca.

Al apuntar la aurora del nuevo día, los labradores llenan las eras, animándolas con sus cantos y sus tareas. Romana y su padre ayudan á los jornaleros de la era que ellos guardan.

Pero cuando más afanosa estaba la gente removiendo la paja de la parva con las largas horcas de madera, un muchacho, mudado el color, alterado el rostro, con ojos de espanto y tembloroso y tartamudeando, llega á la era y cuenta que allá abajo hay un hombre muerto.

Al oír la relación del muchacho todos abandonan la faena y se dirigen al punto indicado, menos Romana y su padre.

Cuando quedaron los dos solos, el padre miró con encendida pupila á su hija; ésta, pálida como una muerta, con los ojos extraviados y la cabeza inclinada al suelo, ya no parecía la flor que momentos antes recibía el beso de las estrellas, sino la que dobla su tallo marchitado por el fuego de un sol abrasador.

Al volver los trabajadores diéronles la noticia de que el muerto era el señorito, el hijo del amo.

FRANCISCO BADENES DALMÁU.

Tip-Litografía J. Bénitez, Marqués del R. Tesoro, 8.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz, y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cecehinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro Sábados ó sean los días 26 Marzo, 23 Abril, 21 Mayo, 18 Junio, 16 Julio, 13 Agosto, 10 Septiembre, 8 Octubre, 5 Noviembre, y 3 Diciembre de 1898 y de Manila cada cuatro sábados, ó sean los días 12 Marzo, 9 Abril, 7 Mayo, 4 Junio, 2 y 30 Julio, 27 Agosto, 24 Septiembre, 22 Octubre, 19 Noviembre y 17 Diciembre de 1898.

Línea de Buenos Aires.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando ántes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo.—Cuatro viajes al año para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIOS DE AFRICA: *Línea de Marruecos.*—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagan.

Servicio de Tánger.—El vapor MOGADOR sale de Cádiz para Tánger y Algeciras, los Lunes, Miércoles y Viernes; retornando á Cádiz los Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los Sres. comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. Para más informes: En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los Sres. Ripol y C.^ª, Plaza de Palacio.—Cádiz: La Delegación de la Compañía Trasatlántica,

ISABEL LA CATÓLICA, 3.

— 84 —

se mire la doble forma dramática de la idea calderoniana, venimos á la afirmación del albedrío sobre la predestinación y al dominio de la conciencia sobre la voluntad.

Si hay un pensamiento mayor y más fecundo en la literatura escénica de todos los tiempos, muéstrelo quien sepa, mientras proclamo á Calderón rey de los dramáticos, tan sólo por haber creado al Hombre de *La Vida es sueño*.

XIV.

He insistido tanto en la mostración del tema desenvuelto en la obra del gran dramaturgo, para que no se juzgue lo pensado en este estudio como inventado por la crítica, la cual á veces, suele ver visiones. Afortunadamente está todo tan claro y definido en la obra de nuestro poeta, que sólo la tardanza en haber sido comprendida puede admirar al pensador.

Comparar nimiamente la comedia y el auto sería curioso, y alguna enseñanza resultaría de ello, de ser hecho el estudio por un verdadero talento analítico. Pero siempre vendríamos á parar á lo ya mostrado; que el auto es la clave para la inteligencia del drama, como el símbolo es la clave del pensamiento. No hay entre ambas composiciones diferencia esencial: las que existen son accidentales é históricas. El auto es más concreto y está más referido al pensar teológico; la comedia (cuyas formas son

— 81 —

palabras. En todo se ve, no obstante, la diferencia en el vigor y hermosura de la expresión, la cual me parece mucho más arrogante en la comedia que en el auto; cosa rarísima, cuando se sabe hasta qué punto se elevó el arrobamiento lírico de la imaginación calderoniana en los poemas eucarísticos, pero que se explica muy bien, atendiendo á la edad del poeta del drama y á la del autor del poema simbólico; median entre los dos, siendo uno propio, nada menos que cuarenta y tres años, en los cuales el numen poético ha descendido de la juventud á la edad senil, notándose cierta decadencia, no en el vigor del pensamiento, sino en el de las formas exteriores.

Por lo demás, sencilla y claramente está planteado el problema católico en estos versos, que en el Paraíso dice la Luz á los cuatro elementos, refiriéndose al hombre acabado de crear por el Hacedor:

*Servidle, hasta ver si, atento,
para rey y esposo mío,
usa bien de su Albedrío,
ó mal de su Entendimiento.*

Y la Gracia se va, dejándole solo y abandonado á sus propias fuerzas, para que á nadie sino á él mismo deba el Hombre su eterna redención. ¡Qué acierto el del poeta, para hacer salir de la escena á sus personajes! En esto, Calderón y Sófocles no tienen otro rival que Shakespeare; y, de estar alguno en la cima,



CLICHÉS.—Se venden los publicados en este periódico.—Dirijirse al Administrador de la «Revista Teatral», Sagasta 31.

Teatro en venta.—Se venden todos los enseres de un precioso teatro, muy propio para establecerlo en una casa particular, á precio muy módico. En la Redacción de este periódico darán razón.

Magnífica edición de lujo del FIVE O'CLOCK TEA. El vals de moda para piano. Se vende en todos los almacenes de música.—Precio fijo: 4 pesetas.

REVISTA TEATRAL,

LITERARIA, CIENTÍFICA, DE BELLAS ARTES Y ESPECTÁCULOS,
Premiada con GRAN MEDALLA DE ORO en la Exposición Partenopea Permanente de Nápoles.

Propietario: DON MIGUEL GUILLOTO DEMOUCHE.
DIRECTOR, JOSÉ JUÁN RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.

Publicase los días 10, 20 y 30 de cada mes.

— 82 —

sobre el griego y el inglés coloco al hispano.

Precisamente por usar mal de su albedrío, encerrando al príncipe, su hijo, y haciéndole una fiera, por atender á la ciencia mentirosa de la astrología, muéstrase

*...rendido un padre
y atropellado un monarca;*

el rey Basilio, el cual en esta fase de la obra no significa, como al principio, El Poder, El Amor y La Sabiduría, sino la dominación embustera de los astros sobre los hombres. Por usar mal de su albedrío es encerrado nuevamente Segismundo en la torre, y por la misma razón deshonoró á Rosaura el duque moscovita.

Es claro que quien no usó reflexivamente de su albedrío, usó mal de su entendimiento; y, en este punto, debe recordarse que *El Hombre* del *auto* despeña furioso al Entendimiento que le advertía sus errores. Léanse las frases:

ENTEND. Mira
que quizá en el Aire fundas
altas torres, y que suelen
ser soñadas las venturas,
y podrá ser, si despiertas,
que entre fantasmas confusas
todo esto vuelva á la nada.

HOMBRE. Ya ese es tema de locura
más que lealtad: quita, quita,
villano.

ENTEND. Atiende, que usas
muy mal de tu Entendimiento,
si atropellado le injurias.

HOMBRE. Peor usas tú de tu dueño,

— 83 —

pues atrevido le luchas,
sin ver que desde ese muro
puede arrojarte á esas duras
peñas.

ENTEND. No podrás, sin que
á tí mismo te destruyas.

HOMBRE. ¿Cómo que no podré? Pero
las fuerzas lo dificultan,
no el valor.—Llega, Albedrío;
tú á despeñarle me ayuda.

En la comedia, Segismundo arroja por el balcón al servidor que, prudente, le advertía sus desafueros en palacio. En esto, como en todo, me parece la comedia muy superior á la composición eucarística.

Cuando el hombre, ó sea Segismundo, usa bien de su albedrío y de su entendimiento, usa de su razón, y vence á todo poder, por esta sola fuerza. Por eso, cuando el rey Basilio, representante del pronóstico de los astros, se rinde á sus plantas, exclama el príncipe:

*Sentencia del cielo fué;
por más que quiso estorbarla
él, no pudo. Y ¿podré yo,
que soy menor en las canas,
en el valor y en la ciencia,
vencerla? ¿Señor, levanta;
dame tu mano; que ya,
rendido estoy á tus plantas!*

Y hé aquí cómo la voluntad de Segismundo, dirigida por la razón, resulta vencedora de todo poder distinto de su propia fuerza.

Y siempre y por todos lados y desde todos los puntos de vista y bajo todos los aspectos que